

(3.º Domingo)

Espejo de Vidas

Salmo 22

Los salmos son ricos en experiencias humanas. Son un espejo donde los hombres pueden verse a sí mismos. Allí está el hombre que canta aún en medio del dolor; el que gime y lucha; el que espera días mejores; o el que desespera sin hallar salida a su particular situación.

Por eso, estos salmos sirven tanto para el cultivo de la vida íntima o familiar o para enriquecer la liturgia de la iglesia cristiana. El enfermo o el moribundo hallan en éstos una segura apoyatura. En mi trabajo pastoral y en mi condición de capellán que fui de un hospital, pude percatarme de cuánta ayuda e inspiración recibían los pacientes al recitarles o leerles alguna porción del libro de los Salmos. ¡Como que ello les infundía nuevos bríos para vivir! ¡Como que ello les permitía columbrar días

más claros! El Salmo 23 sirvió, muchas veces, para despejar las incógnitas del vivir azaroso, y para proyectar haces de luz en el duro caminar. A la dama que iba camino del quirófano a sufrir una trepanación, este salmo que ella repitió en compañía de su pastor, le insufló ánimo y fe para afrontar su hora. Al moribundo que se hallaba a punto de exhalar su postrer suspiro, este mismo salmo que él repitió, le permitió adantrarse en su mundo de silencio y de paz sin proferir queja alguna.

Las escenas que se describen en los salmos; los cuadros anímicos que se observan; las situaciones que le asaltan; a cada paso, tienen que ver mucho con su vivir, y aún con el acontecer de los conglomerados humanos. Por eso, tú y yo podemos vernos en éstos, tal como somos.

Cuando el salmista, o los salmistas porque son varios, habla del "consejo de los

malos", o del "camino de los pecadores", o de la "silla de los escarnecedores", o de los que "maquinan mal", o de los que "aman la vanidad", y "buscan la mentira", no hacen otra cosa que retratarnos por entero.

El hombre vive y late en cada salmo, y son más las veces que se asemeja "al tamo que arrebató el viento" que "al árbol plantado junto a corrientes de aguas." Por eso el cantor hebreo inquiría: "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, o el hijo del hombre para que lo visites?"

Esta pregunta conlleva unas grandes implicaciones. El escritor sagrado tiene delante de sí a unos cuantos hijos de su tierra y de su día, y acaso, a otros que pertenecen a un pasado remoto. Quizá un conocimiento del ser humano le lleva a incluir en sus estampas a otras personas

que aún no habían nacido. Pero él no tiene que ir demasiado lejos para ver cómo son éstas. El mismo que habla y que compone estos ^{cantares} es también como uno de ellos. El suyo también es un material gastable y perecedero que, muchas veces, se pierde en actividades intrascendentes, sin sentido ni coherencia, sin destino ni empaque vital. El mismo hombre que se quedaba extasiado contemplando las maravillas de la creación, y que ponía a vibrar las cuerdas de su corazón, al mirarse a sí mismo, ¿qué hallaba? Así se expresa:

"Porque yo reconozco mis rebeliones,
y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado
y he hecho lo malo delante de tus ojos.
He aquí en maldad he sido formado,
y en pecado me concibió mi madre."
Acaso se preguntaría muchas veces: "¿Qué

memoria puede tener Dios del hombre? O ¿qué memoria puede tener de mí? Y si es así, ¿qué misiones puede Dios encomendarnos si a cada instante le volvemos la espalda? ¿Es así como se va a establecer Su Reino? Pues sí, Su Reino vendrá pese al hombre. Se pensó de que vendría a corto plazo, y la generación del primer siglo se quedó esperando, y ya muchos pensaron que los cristianos eran unos ilusos. Pero, a pesar de que aquella generación quedóse en cierto sentido, frustrada, como se han quedado otras generaciones al paso de los siglos, la realidad inminente del Reino no se diluye con la lógica del hombre. Sus configuraciones le vienen de arriba, y su destino y consumación se halla en las manos de Dios. Lo del hombre perece, pero lo de Dios permanece.

En verdad de verdad, el hombre es un

ser en grave menesterosidad. La suya es una vida de múltiples contrastes y oscilaciones: es luz a veces. En otras se cunde ^{de} sombras ominosas. Hoy asciende la cima donde la gloria y la majestad de Dios le envuelven, y ya desearía eternizar ese instante. Mañana se ^{colma} cunde de harapos, y sólo ve miseria en derredor suyo. Al romper el alba, puebla la atmósfera de cantos de esperanza, y al caer la tarde, se sume en un pesimismo enervante.

—¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?

Otra vez, al verse a sí mismo, estima que es "gusano y no hombre, que es oprobio de los demás, y despreciado del pueblo." En el Salmo 22 se queja: "Todos los que me ven me escarnecen, estiran la boca, menean la cabeza," y "se mofan de mí," diciendo: "Se encomendó al Señor, líbrele él, sálvele, puesto que en él

se complacía."

Pero aún cuando sabe qué de circunstancias asoman en su vida, él no desespera por ello. Hace una recapitulación de unos hechos, de unas realidades que le han acompañado desde antes de nacer. Aún cuando el otro hombre le ha perseguido, o se ha ensañado ^{contra} sobre él, o le ha negado un sitio bajo el sol, y aún cuando ha sentido en su espíritu que Dios le ha desamparado, pues no ha oído su clamor que de día y de noche ha levantado, él dirige su dialéctica hacia Dios, y dice: "Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel. En Ti esperaron nuestros padres, esperaron y Tú los libraste. Clamaron a Ti, y fueron librados, confiaron en Ti, y no fueron avergonzados."

Esa es su contención frente a Dios quien había tenido a sus antepasados en su memoria. En algunos momentos se asemeja a Job cuando

debatía con Dios sobre su presente situación. O a Jacob que luchó toda una noche con el ángel del Señor, y quien no quiso soltarle hasta que no lo bendijera.

El se vale de la historia a la hora de clamar por sí mismo. Y como si a Dios le fallara la memoria, trata de refrescársela, poniendo la historia sobre el tapete. Dice en efecto "Tú eres el único que hace grandes maravillas; el que hizo los cielos con entendimiento; el que extendió la tierra sobre las aguas; el que hizo las grandes luminarias; el que sacó a Israel de tierra de servidumbre; el que hizo camino por el Mar Rojo; el que pastoreó a su pueblo en el desierto; el que da alimento a todo ser viviente."

Esos son los hechos que hablan por sí mismos con una elocuencia que no puede ser cuestionada. Por más que la aflicción le embargue es tanto lo que Dios ha hecho en favor del

hombre que ya éste no puede cundirse de desesperación. Su brazo siempre ha estado extendido. Su misericordia nunca se ha acortado. Su preocupación por el hombre ha sido permanente. Su corazón le busca, día y noche, y suscita en el hombre visiones maravillosas que hacen que su cielo se tachone de estrellas que brillan más mientras más densa es la noche que le envuelve.

Job desesperado y afligido batallaba con Dios y sus amigos que, condolidos, le observaban. En el momento en que su vivir tocaba ya las fronteras de la desesperación, decía: "¡Quién me volviese como en los meses pasados, como en los días en que Dios me guardaba, cuando hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara, a cuya luz yo caminaba en la oscuridad...!"

Ya, al final, vuelto en sí, retorna a Dios para exclamar: "Yo conozco que todo lo

puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de Tí...Por tanto yo hablaba lo que no entendía, cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía...De óidas te habí^aoído mas ahora mis ojos te ven...Por tanto, me arrepiento en polvo y ceniza."

El hombre del Salterio también se tornó a Dios, y dijo: "Oh Dios! ¿Quién como Tú? Tú que me has hecho ver muchas angustias y males, volverás a darme vida, y de nuevo me levantarás de los abismos de la tierra. Aumentarás mi grandeza, y volverás a consolarme."

Un voto solemne hace delante de Dios pues no puede quedar estático e insensible ante la incesante actividad de Dios. Este es su voto que es la ofrenda espontánea y gozosa de un alma agradecida. "Yo te alabaré con instrumentos de salterio. ¡Oh Dios mío! tu verdad cantaré a Ti en el arpa, oh Santo de Israel. Mis labios se alegrarán cuando cante a Ti, y mi

alma, la cual redimiste. Mi lengua hablará también de tu justicia todo el día."

El hombre del salterio, como el hombre de la carne lacerada, como el hombre que lucha toda una noche con el ángel del Señor hallaron lo que sus almas atormentadas necesitaban. Hallaron la luz que ^{les} ~~el~~ iluminó el camino, la paz que sosegó sus almas, la verdad que les liberó.

Tú no eres menos en el designio redentor de Dios. El también tiene memoria de ti. El sabe quién eres. Sabe cuáles son tus entradas y tus salidas. Aún no está la palabra en tu boca, y El la sabe. El sabe de tus cargas que son muchas. El tuyo también es un material frágil y gastable. Las circunstancias que se dan en el diario vivir pueden variar, pero la fuerza y la luz que se hallan a tu disposición provienen de una misma fuente. Las vías de acceso a esa

fuerza se hallan abiertas a todos los hombres. Todos necesitamos de Dios, y hacia El se dirigen nuestras plegarias. Nadie es tan grande y poderoso que pueda prescindir de Dios. Es su soberanía la que debemos acentuar. Los que quieren estribar en su propia autonomía para el logro de su felicidad y liberación, están dependiendo de algo que es insuficiente. Ni siquiera la heteronomía puede avalar las exigencias íntimas de su conciencia. Debemos sí descansar sobre aquéllo que nos hace tangible la soberanía de Dios.

En este instante de tu precaria existencia, El viene a ti como vino a aquellos hombres de la antigüedad, a infundirte vida, y a "quitar las escamas" que no te dejan ver Su Gloria y Su Amor que resplandecen en el cielo de tu vivir. Si a El vienes, humillado, tu salterio íntimo habrá de vibrar como nunca antes, y unas notas de fe y de esperanza habrán

de brotar como brotan los pimpollos al toque de la Primavera.

Al llegar el invierno a Madrid, unos hombres se dedican a la poda de los árboles que crecen a lo largo de las calles. Por unos días y semanas uno sólo ve las ramas convertidas en muñones que ya las aves no pueden hacer sus nidos en éstas. Los árboles se ven como mustios y tristes pues se les ha despojado de su indumentaria. Pero, tan pronto estalla la Primavera, los árboles comienzan a mostrar con alegría sus pimpollos que luego se transforman en hojas tiernas y verdosas, y tras éstas, llegan las flores y los frutos que todos apetecen.

Así mismo es la vida cuando el hombre experimenta el toque maravilloso del Espíritu de Dios. Los frutos no tardan en llegar. Aquí el fruto de la fe que es la victoria que vence al mundo. Allá el fruto de la esperanza

que nos hace esperar, confiados, la llegada del alba. Muy cerca de todos, el fruto del amor que clama por corazones abiertos al Señor.

Por eso es necesario que nos volvamos a El si es que de veras anhelamos saciar la sed de nuestras almas. El mismo cantor hebreo que se recreaba en la maravilla de la creación, decía: "Alzaré mis ojos a los montes." Luego pregunta: "¿De dónde vendrá mi socorro?" El mismo contesta: "Mi socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra. No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. El Señor es tu guardador, el Señor es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. El Señor te guardará de todo mal. El guardará tu alma. El Señor guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre!" AMEN